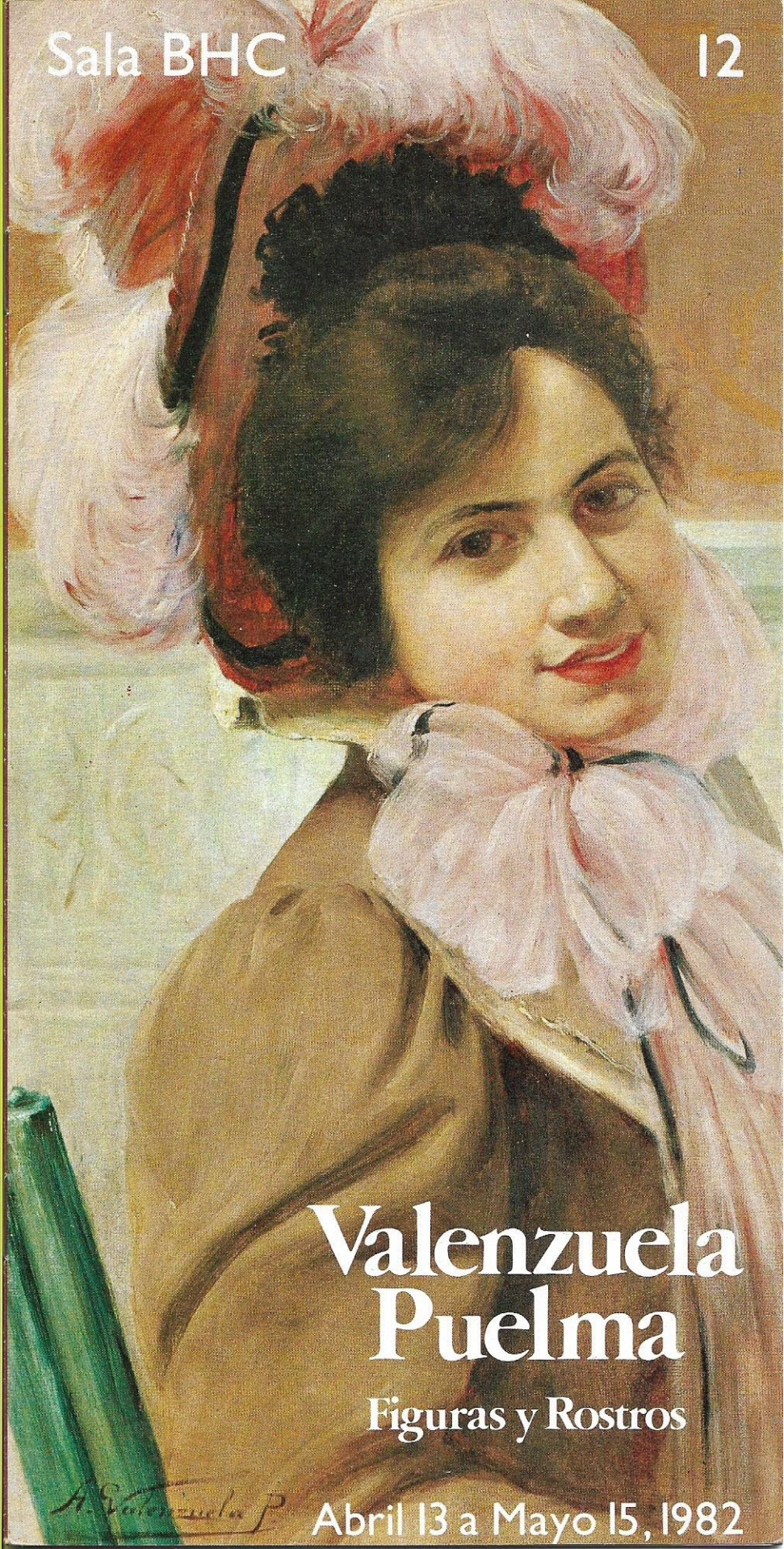


Sala BHC

12

A portrait painting of a woman with dark hair, wearing a large, ornate pink hat with red and white feathers. She is also wearing a pink dress with a large white bow at the collar. The background is a warm, textured brown. The painting is signed 'A. Valenzuela P.' in the bottom left corner.

Valenzuela Puelma

Figuras y Rostros

Abril 13 a Mayo 15, 1982

Obras en Exposición

- 1) Sra. Inés Lobe de Melossi
- 2) Taller del Escultor
- 3) Interior casa del pintor
(Cuadro inconcluso)
- 4) Nostalgia
- 5) La Sevillana
- 6) Esperanza
- 7) Gitana de Sevilla
- 8) Retrato
- 9) Retrato Sr. Francisco Jarpa
- 10) Retrato Sr. A.M. del Campo
- 11) Retrato hombre con Sombrero
- 12) Dama antigua
- 13) La ninfa de las cerezas
- 14) Ser muy querido
- 15) Retrato de don Enrique del Campo
- 16) Mujer mora
- 17) El borracho
- 18) Futuro Almirante
- 19) La mala suerte
- 20) Mamá feliz
- 21) Juan Bautista
- 22) Botero
- 23) Baco
- 24) La lección de Geografía
- 25) Retrato
- 26) Retrato de don Enrique del Campo
- 27) Retrato
- 28) Dama con sombrero de plumas rosadas
- 29) Gitana de perfil
- 30) Retrato frente al mar
- 31) La loca
- 32) Retrato cabeza de viejo
- 33) Boceto (Magdalena)
- 34) Rostro de perfil
- 35) La Cacería
- 36) Hamlet
- 37) Niña sentada
- 38) Figura dama
- 39) Retrato dama
- 40) Mujer Napolitana
- 41) Retrato de caballero

El Banco BHC expresa su agradecimiento a las siguientes personas e instituciones por su colaboración en esta muestra de obras de Valenzuela Puelma:

Sra. Inés Lobe de Melossi
Sr. Mario Errázuriz
Sr. Ricardo Mc Kellar
Sr. Guillermo Contreras
Sra. Adriana Olgún de Baltra
Sr. Oscar Guzmán Ponce
Sr. Robinson Leiva
Sr. Sergio Onofre Jarpa
Museo Municipal de Bellas Artes de Valparaíso
Sr. Alejandro Neuman
Sr. Alfonso Cordero
Museo Municipal de Bellas Artes de Viña del Mar
Sr. Eleodoro Matte Larraín y Sra.
Sr. José Letelier Alcalde
Sr. José María de Arextabala
Sr. Isaac Hites
Sr. Alvaro Sallé
Sra. Edith Larraín de Casanova
Sr. Hernán Echeverría
Sr. Jorge Kattan
Sra. Victoria Moller de Correa
Sr. Oscar Saint Marie
Sr. Pablo Urzúa H.
Sr. Hernán Sepúlveda Cañas
Sr. Patricio Pérez Aguila
Sra. Paloma Correa de Bunster
Sra. María Severín de Sazié
Sra. Techí del Valle

Portada del Catálogo:

“Dama con sombrero de plumas rosadas”

Colección Sr. Hites.

Cuerpos y ánimos en la pintura de Valenzuela Puelma.

Entre 1856 y 1909 transcurrió la existencia terrena de Alfredo Valenzuela Puelma, 53 años de vida que truncó la locura. Si un hogar santiaguino y burgués, de veraneo en Valparaíso, lo vio nacer, una casa de orates, próxima a París, albergó su postrer suspiro. Tres viajes al Viejo Mundo, y casi 9 años de permanencia allí, lo pusieron en contacto con el arte europeo, específicamente con el de Francia y de España.

Por entonces, la pintura francesa vivía un clima de cambios trascendentales. Ya dentro de los años iniciales de la naciente centuria se gestaban las líneas directrices que el siglo XX desarrollaría. Sin embargo, para un pintor venido desde el confín de tierras todavía en plena búsqueda de su identidad estética, los flamantes postulados de una cultura robusta y en vías de renovación resultaron incomprensibles. Bastó, pues, a su mirada el arte tradicional. Es más, la capacidad creadora de Valenzuela se dejó conquistar por el gusto dominante de la época, el cual, como siempre, asumía una actitud de abierta desconfianza hacia innovaciones y audacias. De este modo, el chileno abrazó la causa más accesible del lenguaje académico. Pero también el Louvre y el Prado se alzaban junto a su ruta europea; ahí sí recibió una lección sabia: el testimonio práctico de los maestros inmortales.

Todo lo anterior, y algo más, refleja la obra de Alfredo Valenzuela. Lento en el hacer, sus telas, poco abundantes en número, surgen como el producto de una labor seria y cuidadosa, donde el dominio soberano del oficio hoy nos deslumbra. Hasta en aquellas piezas que más autorizan para calificar al artista de *pompier*, los detalles de factura les otorgan algún interés. Por desgracia, la parte hasta ahora más famosa de su producción se halla aquejada de mayores o menores dosis de servilismo a un programa literario, con su consiguiente grandilocuencia narrativa, desplegada sobre grandes formatos de aspiración monumental. Son los lienzos medianeros de un tema ya histórico, ya pintoresco, ya exótico, ya alegórico. Se trata, en la mayoría de los casos, de escenas con más de un personaje.

Entre esa clase de composiciones, **La perla del mercader** alcanza parciales rasgos positivos; no obstante, acaso sea **El regreso del hijo pródigo** la tela menos difícil de rescatar del grupo. El vigor de su estructura formal, el paisaje y la naturaleza muerta que encuadran este abrazo de firmes carnes protagónicas constituyen una hazaña técnica no desdeñable. Una prueba, por otro lado, de hasta qué punto ganaban las conquistas del autor cuando actuaba con mayor independencia frente al plan argumental nos la da **La ninfa de las cerezas**. Así, de las dos ejecuciones de esta figura que reposa sobre pieles su desnudez, la versión previa de factura más libre y menos acabada, se transforma en el más bello desnudo salido del pincel de Valenzuela Puelma. El contrapunto armonioso entre las texturas representadas —cuerpo femenino, pelaje animal y resplandor de las frutas diminutas— provoca un efecto intenso de mórbida sensualidad plástica.

Sus aportes más perdurables.

Mas, llegó por fin, para el autor, el abandono de una retórica hasta cierto punto impuesta por las circunstancias. Así, sin apartarse de los límites generales de su estilo, eligió con libertad el medio expresivo que le parecía conveniente. Desde ese momento, alrededor de 1890, ocasionales paisajes, jarrones floridos, ciertas naturalezas muertas, figuras humanas solitarias y, ante todo, el retrato, pasan a ocupar el sitio principal en sus desvelos creativos. Detengámonos en los dos últimos géneros. Atributo similar para ambos resulta el tratamiento, sintético y, a la vez, de intensidad notable, que concede Valenzuela a las carnaciones de sus personajes. Tanto el torso o los brazos desnudos, como el rostro adquieren un materialismo de sustancia viva tan rotundo, que semejante propiedad se vuelve singular característica suya dentro de nuestro historial pictórico. Bajo la piel de estos protagonistas se nos sugiere, sin artificios, el temblor muscular, la irrigación sanguínea, la respuesta de los centros nerviosos a los estímulos exteriores. En los retratos, además, se añade un elemento único y enriquecedor, el ingrediente psicológico. Por cierto que

no escasean aquí las obras de compromiso, superficiales y de ejecución menos esmerada. Los lienzos mejores nos transmiten a través, especialmente, del gesto los íntimos estados de ánimo de las mujeres y de los hombres de Alfredo Valenzuela. Vitaliza el naturalismo formal y le comunica proyección dramática honda la capacidad del artista para verter en el cuadro ese soplo levísimo, emanado del alma de cada modelo, que vuelve inconfundible al retratado. Muchos de ellos poseen una mirada profunda, quizá a veces inquietante. Para expresar su personalidad a algunos les es suficiente conservar una actitud meditativa y seria – **Retrato de Enrique del Campo** , ¿la obra maestra del autor?, y **Mi hijo Rafael** –, de inesperada compostura –el bellissimo **Niño del fez** – o de sincera honradez – **El pintor Mochi** –.

Para otras criaturas de Alfredo Valenzuela su disposición varía desde el plácido gozo – **La mamá feliz** – y el coqueteo discreto de quien quiere lucir bien – **La dama del abanico** , **La dama con plumas rosadas** – hasta el dinamismo del gesto corporal –la estupenda **Sevillana** –, la sonrisa conquistadora – **Coquetería** –, el ademán decisivo y directo –espontáneo y casi infantil en **La dama del sillón** , erótico en **Gitana de Sevilla**– e, incluso, hasta una postura que revela el temperamento neurótico – **Melancolía** – .

Dos aspectos formales acentúan el ambiente sicológico en la mayor parte de las pinturas antes señaladas.

Tenemos, en primer lugar, el ingrediente cromático: distribuído con opulenta delicadeza y sobre la base de un color que domina, sutil, cumple su rol por intermedio del contraste. Puede decirse que la presencia vibrante de un rojo, de un rosa, de un amarillo, de un celeste electrifica, en cada ocasión, el clima de estas telas.

El modo de elaborar los fondos constituye la segunda y más importante herramienta con que el artista subraya el ámbito que envuelve a sus protagonistas, otorgándoles una notable dimensión anímica. Y eso se logra en su intensidad máxima no cuando usa cortinajes o deja sin definir el soporte para sus personajes, sino cuando nos entrega datos respecto a una habitación, a un paisaje, campestre o marino. Si en la presentación de sus actores el autor se expresa

con lenguaje naturalista, en el desarrollo de los fondos el pincel se aligera y esboza apenas algunos indicios de la realidad del escenario. A la manera de Velázquez, el dinamismo y la precisión de las manchas de color tienen competencia para establecer la corporeidad del entorno con una fuerza y una sugerencia admirables. A través de Valenzuela Puelma la verdad física de ese ambiente se hace palpable y consigue colocarnos tan próximos a sus héroes que hasta podemos respirar con ellos parecidos aires. Tenemos, pues, evidencias de brisa marina – **La dama del sillón** –, aroma de flores – **Coquetería** –, olor de intimidad islámica – **El niño del fez** –, perfume crepuscular – **Melancolía** –, poderosos alientos de Belle Epoque en **Enrique del Campo**. Tampoco dejan de develar el prado al anochecer los trazos casi abstractos, que señalan la superficie posterior de **Mi hijo Rafael**.

Digno de hacer notar, por último, en este pintor, aficionado a destacar bien la firma en sus lienzos –hasta volverse indiscreta, a veces– es la existencia de réplicas. Resultan estas repeticiones, ejecutadas por el propio artista, de ciertas obras suyas con el fin de satisfacer demandas. Por ejemplo, en **La Sevillana**, luminoso cuadro de la actual exposición, encontramos dos versiones iguales de un mismo trabajo. Tal proceder, además, se da con relativa frecuencia dentro de la historia de las artes plásticas, donde no suele suceder como en el terreno de la música: aquí el original casi siempre mejora.

Waldemar Sommer

Sala BHC — Agustinas 1035, piso 2, Santiago.
Abierta de Lunes a Viernes de 9 a 19 hrs.
Sábado de 10 a 13 hrs.

BANCO **BHC**